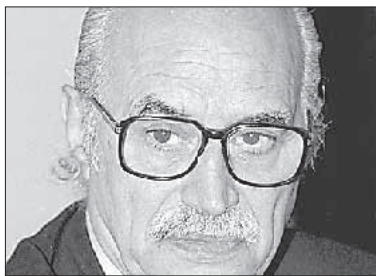


OTRAS RAZONES

Relación de prepotencia

En política internacional (Iraq, Europa) y de Autonomías (Euskadi, Cataluña) se ha roto el consenso entre partidos. Por primera vez desde 1978 no ha sido indiferente votar a un partido o a otro. Yo no he votado a



mejor expresión de la equipolencia política está en el orgullo de formar parte de un mismo bloque constitucional. Salvo en las cuestiones plebiscitadas, la división de los votos responde a la división de las retóricas de partido.

ninguno porque ninguno prometió sustituir el sistema proporcional de listas de partido por el único sistema que produce representación política: elección unipersonal por mayoría absoluta de votos a doble vuelta en circunscripciones locales. Si se hubieran celebrado estos comicios por el sistema de mayorías, no se habrían convertido en plebiscitarias unas elecciones legislativas, ni los partidos nacionalistas tendrían una superrepresentación política.

Todo lo que no ha sido plebiscitado a favor del PSOE continuará siendo decidido por consenso, como lo ha anunciado Rajoy con su promesa de hacer oposición leal. Una expresión sin sentido, pues no cabe lealtad frente al partido gobernante, sino ante la Corona. La oposición leal al gobierno no es oposición y delata la equipolencia de partidos. Un tipo de igualdad sustancial entre partidos con diferentes discursos y programas. Distinta de la equivalencia, la igualdad equipolente de partidos la inauguró el mayo francés del 68, la hizo modélica la Transición española y la extendió por Europa el derribo del muro de Berlín.

El consenso seguirá manando de la equipolencia de unos partidos estatales que se igualan en las cuestiones de Estado, es decir, en todo aquello donde sería indispensable la distinta visión de un auténtico partido de oposición. Las transacciones entre partidos para alcanzar el consenso las paga el pueblo. La aplicación a la política del consenso de la teoría de los juegos es ilícita. Los jugadores políticos no se limitan a aceptar unas mismas reglas de juego, sino que se hacen apostadores insustituibles de apuestas ajenas.

La continuidad del consenso está garantizada por la consistencia de las dos condiciones que requiere: a) reducción de la política a economía y burocracia; b) equipolencia de varios partidos estatales. Si no fueran tan sustancialmente iguales en sus ambiciones, y tan accidentalmente desiguales en sus discursos, habría sido imposible que los partidos españoles, descivilizándose, se hicieran órganos del Estado y corporaciones de funcionarios. En estas elecciones, lo que no afectó a los temas plebiscitados son diferencias sin importancia entre partidos equipolentes.

La equipolencia entre partidos no es tan evidente como la definida entre proposiciones o enunciados, porque aquí es explícita y reiterativa («Pedro es pétreo y Pablo de piedra») y allí implícita e implicadora («el PP es contraterrorista y el PSOE, antiterrorista» o «la rebaja fiscal crea puestos de trabajo y la rebaja fiscal es progresista»). La identidad de lo querido en la equipolencia de partidos hace posible el consenso y el absurdo de la oposición leal. La diferencia discursiva permite mantener separadas e inconciliables las propagandas y militancias partidistas. La

Lo que permite alternar en el gobierno a los partidos equipolentes, sin alterar el sistema de poder ni de valores, es la relación de prepotencia. Que tiene, en la equipolencia por inversión de la relación, la misma propiedad significativa que en la de paternidad («David es padre de Salomón», «Salomón es hijo de David»). Cuando el PP devino partido gobernante, el Sr. Aznar estableció con el PSOE, pasado a la oposición, la misma relación de prepotencia que caracterizó los mandatos del Sr. González. Ese rasgo no viene de un vicio común del carácter, sino de una cualidad virtual de la equipolencia de partidos por inversión de la relación de poder. ¿Será prepotente Zapatero pese a su inadecuada promesa de humildad?

Antonio GARCÍA TREVIJANO

Líderes plebiscitarios

Max Weber puede ser considerado como el primero que reconoció la tendencia a la personalización del poder en la democracia de masas. Pero se opuso enérgicamente a esta tendencia aun a costa de una fuerte «emocionalización» de la política, si bien muy relativa. Es proverbial la capacidad de Weber de ver al mismo tiempo las dos caras de un fenómeno. Propone y aplaude el proceso de elitización de la política, pero denuncia sus inconvenientes de forma sistemática y obsesiva. En primer lugar, la subordinación de los individuos al líder. Despersonalización y pérdida de opiniones propias. «Pérdida del alma» la llamaba Weber. En su ensayo «Politik als Beruf» repite este diagnóstico de forma constante. «La dirección de los partidos por jefes plebiscitarios determina la desespiritualización de sus seguidores, su proletarianización moral. Pasan a convertirse en aparatos utilizables por el caudillo. Han de obedecer ciegamente y convertirse en una máquina, no sentirse perturbados por la vanidad de ser notables o de tener opinión propia». Las condiciones y el precio que hay que



pagar para ser «eficaces» son estremecedores. Sin embargo, el poder seguirá siempre invocando la eficacia por encima de la libertad y la justicia. Los carneros de Panurgo son mucho más eficaces que los caballos que razonan.

En segundo lugar, Weber señala el peligro que puede suponer que la política se base en las emociones de las masas y no en la razón. ¿Porque son menos previsibles las consecuencias y más inestables los procesos? ¿Porque la ingeniería del consenso y la persuasión juegan un papel más accesorio? Weber piensa en la política como producto de decisiones claras y frías, ajenas a emociones momentáneas e irracionales. ¿Una simple técnica de manipulación a cargo de las élites? ¿Dónde queda la «emocionalización» de la política como contrapartida a la personalización del poder?

En tercer lugar, la elitización de la política supone para Weber el predominio del ejecutivo sobre el legislativo, con la consecuencia indeseable de que el Parlamento deja de cumplir sus funciones esenciales y se transforma en «un conjunto de borregos votantes perfectamente disciplinados, porque lo único que el diputado tiene que hacer es votar sin traicionar al partido». Por encima del Parlamento está el dictador plebiscitario que, por medio de la maquinaria institucional, arrastra a las masas tras de sí y para quien los parlamentarios no son otra cosa que «prebendados políticos que forman su séquito». Esta transformación del Parlamento implica que deja de ser lugar de discusión política y elaboración de leyes racionales por medio de la confrontación de opiniones diversas. Se convierte en un ámbito de asentimiento y aplauso. La traición liberal ha entrado en crisis y los discursos parlamentarios ya no son intento de convencer a los adversarios sino declaraciones oficiales de partido dirigidas al país «desde la ventana». Es terriblemente paradójico que uno de los máximos luchadores por la parlamentarización de la Alemania perdedora de la I Guerra Mundial reconozca esta tendencia envilecedora de la vida parlamentaria hacia la subordinación de los diputados y aplaude el principio del dominio del pequeño número sobre la mayoría. Porque no es la policéfala asamblea del Parlamento como tal la que puede gobernar y hacer la política. La amplia masa de los diputados en su conjunto sólo sirve como séquito del líder y de los pocos de ellos que formen el gabinete. Ha de obedecerles ciegamente mientras tienen éxito. «Y así debe ser». Domina siempre en la actividad política el principio del pequeño número, esto es, la superior capacidad de maniobra de los pequeños grupos dirigentes. Weber entiende que este rasgo «cesarístico» es imposible de eliminar en los Estados de masas. Hermosas conclusiones del pensamiento liberal débil. Las repetirá, aunque más moderadamente, Norberto Bobbio y las impugnará de forma oscura y como con desgana Hermann Heller. La democracia liberal conduce así a la autocracia.

Joaquín NAVARRO

La gran fuga

Hay muchos españoles que iniciarán este mes de abril, esta misma tarde o quizá mañana, la gran fuga. Privilegiados ellos, que podrán disponer de una semana larga de vacaciones. Lo sé bien por la clase política, que necesita sacudirse, dicen, la extrema tensión que han vivido en las últimas semanas; especialmente, el Gobierno, que será oposición dentro de nada, afirma que el estar en funciones significa no tener función alguna y ser perfectamente prescindible hasta el domingo de resurrección. Pero no sólo ellos: muchos, muchísimos españoles necesitan emprender la gran fuga para olvidar tanto de lo vivido, visto y padecido a lo largo de este horrible, puñetero, mes de marzo, que tantos sinsabores, tanto

dolor, han dejado su estela merced a la locura de un puñado de asesinos sin la menor conciencia de humanidad. Bien ido sea este marzo en el que los idus nos fueron a todos tan desfavorables: bienvenido este abril, que a tantos puede asustar porque promete cambio, un cambio del que no sabemos bien qué esperar. Pero pienso que el cambio es esperanza, algo que ha de resultarnos más fructífero que negativo. Abril al fin ha llegado.



Fernando JÁUREGUI

REBOREDO Y SAÑUDO



REBOREDO + SAÑUDO '04

